El Ajolote

Tomo II - Número 40 - 21 de octubre de 2026. Publicación quincenal - Libres, Justos y Dignos

¿Revolución Francesa 2.0?

Por: Luis Mauricio Rojas.

Existe en amplios sectores de la izquierda latinoamericana una arraigada tentación romántica: la de proyectar sus propios anhelos de ruptura sobre cualquier llamarada que ilumine las pantallas de la televisión corporativa. Cada vez que las calles de París, Marsella o Lyon arden, no faltan los entusiastas que proclaman, con una ligereza teórica alarmante, el despertar de una nueva «Revolución Francesa» o el preludio inminente de un asalto insurreccional al Estado burgués.

Sin embargo, para la militancia que asume el materialismo dialéctico como herramienta de combate y no como adorno discursivo, la tarea no es aplaudir el fuego por el fuego mismo, sino caracterizar la naturaleza de clase del fenómeno. Confundir la desesperación inorgánica con la potencia revolucionaria del proletariado no sólo es un error de diagnóstico; es una ceguera política que le entrega las llaves de la crisis a la reacción más recalcitrante.

Las postales de los últimos meses en el territorio galo revelan una geografía desgarrada: jóvenes y adolescentes de las banlieues —hijos y nietos de la migración poscolonial, confinados al hacinamiento de los suburbios y sometidos a un régimen permanente de sospecha policial— enfrentándose a pecho descubierto contra los cuerpos antidisturbios. Su cólera es legítima, nace de la humillación cotidiana y de la certeza de que el orden republicano sólo tiene para ellos precarización, desempleo y balas de goma.

Pero la rabia, por intensa que sea, no equivale a conciencia de clase. Al carecer de mediación orgánica, de vinculación con los centros neurálgicos de la producción y de un programa político de transformación, la violencia popular termina implosionando sobre sí misma. La destrucción de autobuses urbanos, escuelas locales, centros sociales y pequeños comercios de barrio no hiere los intereses estratégicos de la oligarquía financiera ni detiene la maquinaria del capital; devasta, antes que nada, la precaria infraestructura de las propias comunidades de donde provienen los alzados.

El límite histórico del motín sin vanguardia ya fue advertido con lucidez por Lenin: “El espontaneísmo puro es el caldo de cultivo de la frustración.” El Estado burgués tolera e incluso metaboliza el desahogo de las esquinas, porque sabe que una barricada sin horizonte de poder jamás sustituye la huelga general revolucionaria ni la articulación de los trabajadores organizados.

Este estallido no ocurre en el vacío. Emmanuel Macron encarna la fase terminal y autoritaria del modelo neoliberal europeo. Habiendo llegado al poder bajo la coartada chantajista del «frente republicano» —presentándose como el salvador frente a la amenaza de la ultraderecha—, su gestión ha sido la ejecución implacable de la agenda del gran empresariado transcontinental.

Para imponer el retraso forzado en la edad de jubilación y el desguace del Estado de Bienestar, Macron no dudó en gobernar por decreto, violentar los mecanismos de representación parlamentaria y entregar las calles a la brutalidad represiva de la policía. Al dinamitar deliberadamente los puentes con los sindicatos y las organizaciones intermedias, el macronismo liquidó la última apariencia de consenso democrático burgués. El resultado es un gobierno desprovisto de base social propia, un cascarón



tecnocrático que sólo se sostiene por la inercia del aparato de seguridad del Estado. El centro político no detuvo al fascismo; le allanó el camino triturando las condiciones materiales de las masas.

En este escenario de asfixia institucional y miedo difuso es donde opera con precisión quirúrgica el Rassemblement National de Marine Le Pen y Jordan Bardella. La ultraderecha contemporánea no necesita encabezar las bandas de choque en la calle, le basta con capitalizar el pánico de las clases medias y los sectores de la clase trabajadora que demandan certidumbre material inmediata.

Mediante una formidable maquinaria de intoxicación mediática, Le Pen opera un doble desplazamiento político: Por un lado la racialización del conflicto de clase, donde la crisis estructural del capitalismo francés y la pauperización del trabajo, son presentadas como un problema civilizatorio y migratorio. El enemigo ya no es el banquero que precariza el empleo, sino el joven del suburbio al que se califica de «salvaje» o «inadaptado». Y por el otro, la consagración como albacea de la ley, donde, tras años de una cuidada estrategia de normalización, la extrema derecha se viste con los ropajes de la templanza republicana.

Ante el caos atribuido a los disturbios callejeros y la soberbia errática de Macron, Le Pen se postula ante los sectores del capital como la única fuerza con la disciplina política y el músculo electoral capaces de restaurar el orden, apagar la calle y garantizar la paz social que las inversiones demandan.

Pretender que la revuelta francesa es la chispa de una nueva toma de la Bastilla con vocación socialista, o al menos la representación actual de “la lucha de clases", es incurrir en una ingenuidad suicida. Los motines callejeros desarticulados del movimiento obrero no van a derribar al régimen burgués, sólo le están sirviendo en bandeja de plata a Marine Le Pen la legitimidad que requería para presentarse como la solución de Estado y consolidar una salida neofascista por la vía electoral.

La lección que la clase trabajadora internacional debe extraer de la encrucijada francesa es tajante: el enemigo no caerá por combustión espontánea. Mientras la izquierda consecuente no asuma la tarea primordial de articular la legítima insubordinación de los jóvenes marginados con la disciplina, la fuerza de masas y el programa anticapitalista del movimiento obrero organizado, cada contenedor incendiado será un voto más para la reacción y cada noche de disturbios será el combustible con el que el fascismo moderno pavimenta su asalto definitivo al poder.

Bolívar contra Monroe:
Las lecciones socialistas sobre Venezuela

Por Jonatan Romero.

Este escrito es para los incrédulos esos que siguen creyendo que el sistema capitalista puede domarse bajo ciertas reformas y que siguen afirmando que es una utopía apostar por una sociedad diferente a las leyes económicas vigentes. En este momento en que se escriben estas líneas, un diez de octubre de dos mil veintiséis, queda claro que los intereses de las clases dominantes están encontrados con los intereses de la vida y queda de manifiesto en última instancia que de llegar un momento definitorio romperá con el derecho a la autodeterminación de los pueblos.

El tres de enero de este año, en Venezuela, el imperialismo, en su fase yanqui, demostró su cara injerencista, en donde, sin pudor alguno, sus militares entraron en territorio extranjero y estos secuestraron a un presidente electo de manera democrática. Todo, dicho por el actual presidente de Estados Unidos, fue por el cochino petróleo y la expansión del capital en el territorio tiene su raíz en el control de recursos naturales estratégicos. En este momento, por lo mismo, ya no se puede decir que el imperialismo no existe en este momento y, al mismo tiempo, que las llamadas teorías de antaño son muy vigentes: aquí es claro que se piensa en el buen Lenin.

Un presidente electo de forma democrática está encerrado en una cárcel de Nueva York, un presidente yanqui anda envalentonado difundiendo mentiras a diestra y siniestra, también una izquierda pura perdiendo de vista el análisis concreto de la realidad concreta. En este torbellino de hechos, el movimiento obrero venezolano está dando catedra de carácter revolucionario, cuando un país militarmente avanzado está amenazando a otro país con su poder fáctico, en ese sentido, resistir es un doble compromiso: no ser invadido mediante negociaciones estratégicas y proteger los logros conquistados hasta ese momento.

Ahora en Venezuela existen dos grandes lecciones que los revolucionarios del siglo veintiuno deben poner en el centro del debate, por un lado, que el imperialismo no es un actor pacifico que incentiva la violencia como un mecanismo de profundización de la civilización y la modernidad y, por el otro lado, no importa cuán grande es el enemigo capitalista siempre existe la posibilidad de resistir y profundizar la revolución socialista. Si bien es



cierto que Nicolas Maduro y Cilia Flores están secuestrados en Estados Unidos, también es cierto que el pueblo venezolano está defendiendo su soberanía frente al embargo militar y económico y los hermanos de aquel país siguen transformando su sistema económico en el sentido contrario del imperialismo hoy reinante.

Comparte • Imprime • Distribuye

Coordinador Editorial
José Jonatan Romero Parra
Junta Editorial
Armando Cardoza Aguilar
Ana Isabel Mendoza Hernández
Luis Mauricio Rojas Martínez

Periódico de análisis político y divulgación revolucionaria de distribución gratuita.

libresjustosydignos.mx